

Bajo la cama

Pilar Madrid

Era la fría oscuridad que penetraba la ventana.
Era la delgada cortina que danzaba con su pareja, el viento.
Era el sucio colchón cargando su delicado cuerpo.
Eran las velas que iluminaban su firme silueta.
Era la seda acariciando los muros de su piel.
Era la pared empedrada que encerraba su llanto.
Era la puerta, claustro de su tormento.
Eran sus heridas alas sangrando plata.
Era el olor dulzón de rosas mezclado con desprecio.
Era el sonido del dolor, arrebató nocturno.
Era el ondulado cabello que protegía el almohadón.
Era la miel en los ojos, hacía siglos lloraba.
Era su esbelto brazo colgando de la cama.
Eran las venas partidas y el listón de sangre al fluir.
Era el brillante charco que todo lo inunda.

Geografía

Rodrigo Alberto Montero

Cuando escuchas
trazas una geografía del silencio
sin montañas ni pendientes;
explanada de agua,
circunferencia que no se abraza.

Si miro con atención
encuentro el norte y sur de tu silencio
y en ambos resguardo
los ecos de tu nombre:
selva, casa, tormenta.

Tu silencio todo lo agranda:
hasta la torpeza de mis palabras
y la forma en que cambias de página la almohada.

Tu geografía palpita en mis labios,
la siento,
la repito,
insisto.

Y los dos, callados,
trazamos una ruta equivocada,
como dos ríos que se cruzan y se hieren y se beben,
y no vienen de la montaña
ni van al mar:
al fin
cataratas
uno
del
otro.

Limón y azúcar

Neus Ortega Molinos

Me cansé de escuchar mis palabras ácidas
de piel de toronja.
Mi desesperación
de boxeador sin guantes
contra tu barda de piedra.

Me cansé de arañarte
en los costados,
de oler tu sangre bajo mis uñas
en el más absoluto silencio.

De saciar mi ansia
con toneladas de azúcar,
de vaciarme en
una taza de chocolate espeso.

Me gusta roer el hueso de las aceitunas.
Mirar tu paz con mis ojos de paz.
Lamer tu piel en la madrugada,
mientras duermes;
arrullarme con tus palabras de papel en la mañana,
mientras duermo,
las que apenas entiendo,
las que me cosquillean las orejas sin despertarme.

Me cansé de sanar con limón
las heridas de mi boca,
de desayunar naranjas amargas
y cenar fresas ácidas.

De devorar tus palabras
con mis silencios,
de acallar tus silencios
con mis palabras.

Así una noche me arrojé
al océano sin fondo
y nadé hasta una playa
de aguas cristalinas.

Hoy tengo sueños de sal.
Hoy lleno mi boca de algas,
y recuerdo los días
de limón y azúcar.

LA PLAYA DE DOVER

Matthew Arnold
Traducción de Juan Carlos Calvillo

Para Colin White, in memoriam

El mar está en calma esta noche;
plena la marea, la luna se tiende hermosa
sobre el estrecho; en la costa francesa la luz
brilla y se pierde; fuera, en la tranquila bahía,
los vastos acantilados ingleses brillan con luz tenue.
¡Ven a la ventana, siente el fresco de la noche!

Tan sólo, desde la larga costa de espuma
donde el mar se encuentra con la tierra blanca por la luna,
¡escucha!, podrás oír el rugido al crispas
los guijarros que las olas se llevan y avientan,
y luego a la alta playa regresan,
comienzan y cesan, y de nuevo comienzan,
con trémula y lenta cadencia, y dejan
la eterna nota de la tristeza.

Sófocles, tiempo atrás,
la escuchó en el Egeo, y trajo
a su mente el turbio flujo y reflujo
del hombre y su miseria; esta noche
hallamos también en el sonido un pensamiento
al oírlo desde este distante mar del norte.

El Mar de la Fe
estuvo también, una vez, en plenitud, sobre las costas
de la tierra como pliegues ceñidos por un cinturón brillante.
Pero ahora sólo escucho
su melancolía, el largo rugido que se retrae
y se repliega rumbo al aliento
del céfiro nocturno, vasta y sombría orilla abajo
por las playas rocosas y desnudas de este mundo.

¡Ay amor, seamos fieles
el uno al otro!, pues el mundo, que pareciera
extenderse ante nosotros como una tierra de ensueño,
tan diverso, tan hermoso, tan nuevo,
no tiene en realidad ni alegría, ni amor, ni luz,
ni certeza, ni paz, ni consuelo para el dolor;
y estamos aquí, como en una llanura ensombrecida,
arrastrados por alarmas confusas de lucha y de huida,
donde tropas ignorantes lanzan de noche la embestida.

Románticos por siempre

Más allá del realismo, del modernismo y de las vanguardias, el Romanticismo sigue vivo. Movimiento surgido a mediados del siglo XVIII, la contundencia que el *Sturm und Drang* significó para la humanidad no termina por extinguirse. Al contrario, los temas típicamente románticos, como la subjetividad, lo tempestuoso, el amor, lo exótico, lo siniestro, la rebeldía, el antihéroe y el paisaje siguen más vigentes que nunca. El Arte no deja de regresar a ellos. Desde Shakespeare, la figura modelo para el romanticismo inglés, hasta las hazañas de Jean Valjean en *Los miserables* de Víctor Hugo, los elementos románticos son catalizadores para generar nuevas ideas. Y a pesar de la insistencia del realismo con sus conceptos derrotados y del mundo globalizado en el que vivimos, parece inevitable la vuelta al sentimiento y su explosión. ¿Es el romántico un tema que debe ser despreciado? ¿Qué pasa con la literatura contemporánea que busca ser romántica? A la crítica actual le molesta el sentimiento en la obra artística por considerarlo efectista y tema superado. Sin embargo, a autores tan diferentes entre sí, como Ian McEwan, Javier Marías, Anne Rice o Stieg Larsson parece no importarles. Se habla del amor como un sentimiento épico, de lo íntimo, de lo subjetivo, de lo gótico, de las minorías y de la libertad. El antihéroe, concepto miltoniano que fomentó al rebelde y al chico malo construido por Byron, es el protagonista favorito de las historias. Los directores de cine recurren a las ideas románticas para reinterpretarlas. *Drácula*, *Frankenstein* y *Cumbres Borrascosas* se han versionado una y otra vez, pero el público continúa fascinado. Se deja seducir por el artificio romántico que, lejos de parecer efectista, puede decir más de nosotros mismos que cualquier otra expresión.

Quizás neguemos nuestra parte romántica, pero ella vive en nosotros cuando nos conmovemos con la música, al gritar a los cuatro vientos que estamos enamorados, al creer que el corazón lo puede todo, al observar un paisaje y buscar que nuestra memoria tatúe el momento con alegría o tristeza, o cuando queremos vivir hasta el límite, experimentarlo todo, cueste lo que cueste. También en esos momentos en que nos abandonan y pensamos que vamos a morir o simplemente cuando nos rebelamos ante la vida. Entonces somos románticos.

Y en tiempos tan convulsos y tan difíciles, regresar a la médula del corazón no se presenta como la peor de las opciones. Nosotros en *Lammadame* creemos que es necesario soñar, ser rebeldes ante la injusticia, creer en el amor y alzar la voz ante un mundo que tiene intenciones de destruir nuestra identidad. Debemos luchar por ella y por un lugar más libre y mejor. He aquí actitudes completamente románticas.

Larga vida al Romanticismo, pues.

Editores
Abraham Miguel
Alejandra Valverde
Misael Carbajal

Arte
Hebe Garibay

Narrativa
Juan Rivera



Ilustradora
Luciana Mazzotti

Poesía
Luna Beltrán
Juan Tovar

Teatro
Rodrigo Cuellar
Abdul C. Borno

La ruina es el reflejo de quien mira

Fernanda Dichi

La respuesta a la frialdad, al raciocino y a los preceptos ilustrados tuvo que ser efervescente y revolucionaria. Es por ello que el Romanticismo tomó como bandera la exaltación de los sentimientos y las pasiones; impulsó a los autores hacia la introspección, a reflexionar sobre la propia existencia, la pertenencia y las circunstancias que rodean al hombre.

El ritmo creciente de la industrialización generó un nuevo orden en el paisaje urbano. La creciente desigualdad social y los conflictos bélicos sumieron al hombre en la nostalgia por los tiempos pasados y por los escenarios distantes.

Paralelamente, a finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX, la arqueología fue una disciplina muy practicada. Los descubrimientos arquitectónicos medievales respondieron a la búsqueda de un vínculo de pertenencia hacia la Tierra en donde se nace y, con estas ruinas, se reiteró la existencia del sujeto.

Dentro de las artes visuales, específicamente en la obra del pintor alemán Caspar David Friedrich, el concepto de la ruina es sumamente importante: reitera la necesidad de evocar los tiempos pasados, consolida el vínculo nacionalista con el entorno y exalta el sentido de pertenencia mencionado anteriormente. La unión entre sentimientos y paisaje resalta la magnificencia que irradia más allá de la materialidad, nos atrae para generar una experiencia sublime mediante la contemplación. Finalmente, las ruinas son un recordatorio de lo que fuimos, de lo que pudimos ser y de lo que somos.

Tornasol

Rosalba Eloina Correa Núñez

Y se transformó en un cuervo. Desplegó las alas negras tornasol, las nubes se fundieron con su pico y peinó el aire. Su plumaje extendido fue impulsado por el viento y, de inmediato, lo golpeó en el rostro la sensación de libertad. Por fin, comprendió: «La libertad no se enseña, se vive».

Varios metros por debajo de él, en la cordillera, la fuerza del sol derretía la nieve que fluía libremente por un delgado río que atrajo su atención. Bebió, y más tarde, mientras describía círculos alrededor del bosque, encontró un hueco tibio en un pino alto y robusto. Se sentía seguro lejos de su antigua casa. «Mi hogar es el cielo y mi descanso, la madera», dijo en el instante que decidía jamás regresar a un mundo ahora desconocido para él.



Ajedrez

Joshua Torresvalle

Dos pares de ignotas manos, un tablero, sesenta y cuatro posiciones donde convulsiona el miedo. Muerte sin cara, amenaza sin nombre, canto de guadaña, no respeta piezas ni colores.

La urbe se ahorca entre filas espantosas, su fuego no alumbra, incinera, disuelve la identidad de quien se desplaza en el juego.

Jaque.

Antes del primer movimiento, avanzan los negros peones mientras los blancos se atrincheran, ebrios y sombríos, en hostil barrera.

Jaque.

Los caballos perecen, los alfiles no sufren la voz que golpea sus tímpanos ni liberan la suya, obstruyen la denuncia. Las piezas se vuelven figuras de polvo.

Jaque.

Las torres, ahora frívolas hermanas de la industria, las instituciones de plomo, de túneles y tormentas de puños, de leyes ciegas con rígido aliento. De sus muros, escurre un odio amigable, propagando un rumor hipócrita a través de los gusanos que violan y someten al silencio.

Jaque.

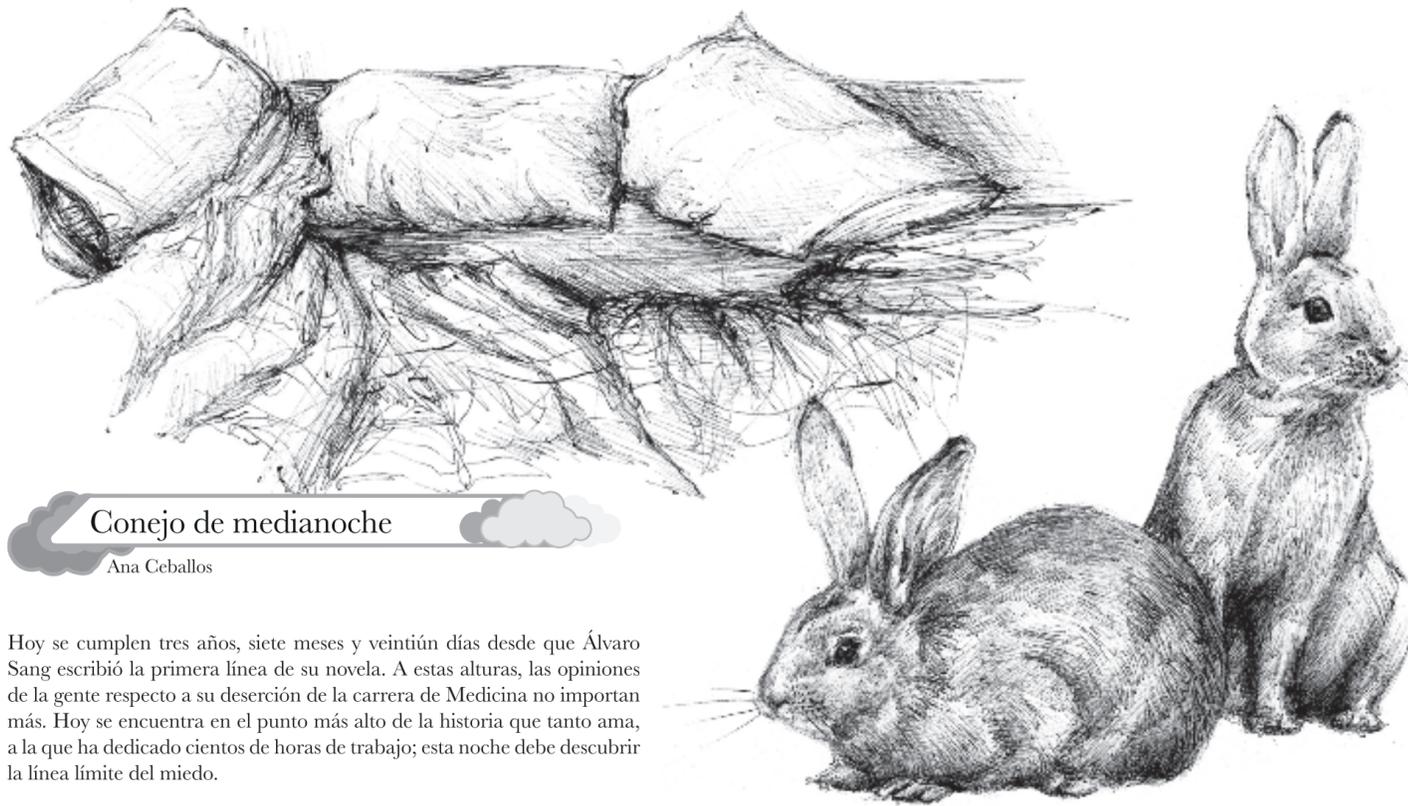
El mate es incierto. Detrás del enroque, la reina se contonea en celestes mentiras mientras el monarca contempla, desde negras luces, la partida.

LÍNEA DEL TIEMPO ROMÁNTICA

CHATEAUBRIAND **René Atala** **Himnos de la noche** **Fausto**
 EMILIO ZOLA **Emilio** **Las desventuras del joven Werther**
 ALFONSO GARCÍA SUTER **Clemencia** **Poemas** **Martín Fierro** **Rimas**
 VÍCTOR ALFONSO HERNÁNDEZ **Los miserables** **Los bandidos de Río Frío** **Drácula**
 HUGO BÉCQUER

1761 1779 1798 1801 1802 1808 1862 1869 1871 1872 1889 1897





Conejo de medianoche

Ana Ceballos

Hoy se cumplen tres años, siete meses y veintidós días desde que Álvaro Sang escribió la primera línea de su novela. A estas alturas, las opiniones de la gente respecto a su deserción de la carrera de Medicina no importan más. Hoy se encuentra en el punto más alto de la historia que tanto ama, a la que ha dedicado cientos de horas de trabajo; esta noche debe descubrir la línea límite del miedo.

23:50 hrs. La semana pasada hice las últimas anotaciones. Enjaulados, quedan cinco conejos; los otros murieron por deshidratación. Tomo a uno por las orejas y con cinta de aislar ato a la mesa sus frágiles patas blancas. Ayer afilé la navaja. 00:00 hrs. Es hora de comenzar.

No sigue escribiendo, piensa que falta algo. Enciende un cigarro. Apenas un par de bocanadas, decide tomar un cuchillo de la cocina. Antes de quitarle las baterías al reloj digital y detener las manecillas del analógico, nota que faltan diez minutos para la medianoche. Qué conveniente hora para detener el tiempo. Deja el cigarrillo en el cenicero.

El silencio de la madrugada frente al tic tac del reloj en su cabeza. Sube las escaleras hasta llegar a la recámara; de un golpe abre la puerta y despierta a su mujer. Tic. Tac. Sabe que no puede perder un segundo. Sin mayor rodeo hace jirones la sábana que cubre el delicado cuerpo de su mujer y ata las muñecas de ella a la cabecera de la cama. Eva, ingenua, piensa que se trata de un juego sexual que su marido desea llevar a cabo, pero al tenerlo sobre su cuerpo desnudo, con los ojos a punto de estallar y gotas de sudor resbalando por su rostro, sabe que algo no anda bien. Álvaro toma el vaso de agua que está en el buró, lo estrella contra el suelo y meticulosamente elige el trozo de vidrio perfecto para deslizarlo sobre el cuerpo de ella. Una y otra vez. Parece que las venas del cuello y los brazos de Eva se sienten aprisionadas y quieren salir de su piel. Álvaro nunca había visto tantas miradas en una sola mujer: perturbada, confundida, llena de incertidumbre, reflejando dolor, angustia... miedo. Los gritos se confunden con el sonido que hacen las manecillas del reloj imaginario que casi penetra sus oídos, tic tac. Cinco minutos. Con el cuchillo embiste el pecho pálido de su esposa. Sesenta veces, una por cada segundo que pasa. Tic tac. La sangre mancha su camisa, sus anteojos, el rostro eternamente horrorizado de Eva. Se detiene cuando faltan cuatro minutos para las doce. Moja sus labios, limpia el sudor de su frente y, sin mirarlo, cubre el cuerpo con lo que ha quedado de la sábana. Rápidamente baja a su estudio y escribe:

Nota #33: Los conejos sabrán, gracias a una alarma, que el momento de morir llegó. La línea límite del miedo puede estar en la amenaza del paso del tiempo.

Echa a andar los relojes de nuevo; marcan las doce en punto. Qué conveniente hora para volver al tiempo, piensa al dar la última bocanada al cigarrillo.



Melancolía

Diego Dárcon D.

1817

Karina Devigne bajó las escaleras tan rápido como pudo. Aún vestía en pijamas. Tocaban a la puerta; no esperaba la visita de nadie, no tan temprano por lo menos. El sol empezó a salir, calentando las heladas calles de Saint-Malo. Llegó a la entrada algo malhumorada. Tenía que tomarse la molestia de abrir ella misma ya que días atrás había despedido a todos sus sirvientes.

—¿Lady Devigne? —preguntó el hombre frente a ella. Vestía un ostentoso y raro atuendo de colores llamativos. El enorme sombrero puntiagudo con lentejuelas y su poblado bigote le daban el toque perfecto de actor de comedia barata.

—¿Qué desea? —atajó ella, con tono impaciente. Era raro que alguien se acercara a su puerta. Estaba acostumbrada a la soledad y hablar sólo consigo misma. Las personas en aquel pueblo apenas tenían idea de su existencia. Tenía poco más de un año refugiada ahí. Saint-Malo se había convertido en el escape de su desventurada y ya lejana realidad; apartada de todo lo que alguna vez había conocido y amado. Nadie conocía su nombre, no tenían la menor idea de quién era. Amaba eso; amaba no ser notada y sentir que día a día, era olvidada por las personas que alguna vez la habían admirado.

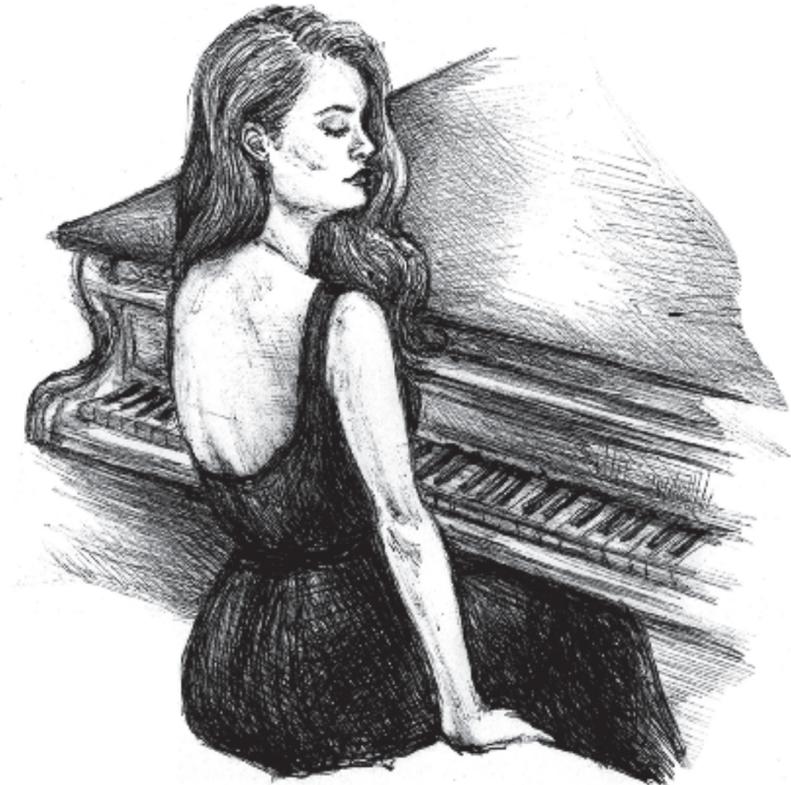
—Tengo una entrega para usted por parte de Lord Byron —murmuró el mensajero. Se acercó un poco más y le tendió una pequeña y muy bien cuidada carta color oliva. Volvió a retroceder un par de pasos.

—¿Byron? —preguntó, desconcertada. El bufonesco hombre frente a ella asintió. No pudo evitar mostrar expresión hostil, una mirada llena de odio concentrada sobre el pequeño pedazo de papel. No le hacía gracia escuchar su nombre. Un día Byron había sido su gran amor, y al otro él la había olvidado. Tenía casi un año sin escuchar su nombre, hasta apenas un par de semanas atrás. La noticia de que lord Byron se había casado con Isabella empezó a circular por todo Londres y en cuestión de días, por cada rincón de Francia. La noticia la hizo enloquecer, sumergiéndose en una profunda depresión. Odiaba a Byron; el solo escuchar su nombre le repugnaba.

—Así es, mi señora —contestó el mensajero con gran educación y teatral reverencia. Karina tomó la carta un tanto insegura. Le temblaban las manos. La contempló por varios segundos. Respiró hondo. Apenas regresó su mirada a la calle, notó cómo se acercaban a su puerta seis hombres corpulentos con un enorme y majestuoso piano color negro sobre sus hombros. Sin pronunciar palabra alguna, los dejó pasar; no por educación o por el simple hecho de aceptar el regalo, sino porque conocía ese piano: le había pertenecido tiempo atrás. Lo había visto por última vez en el palacio de Versalles durante su última presentación. Cuando era famosa en el arte de la enseñanza, tan respetada y reconocida. Aquellos tiempos preciados y casi mágicos en los que sólo vivía para la música. Extrañaba eso. Entonces recordó, recordó aquellos días dorados cuando conoció a Byron. Fue su maestra, su mentora en la música. Byron no fue un estudiante ejemplar ni muy devoto, pero para ella fue alguien importante, alguien de quien aprendió mucho.

Apenas tuvo oportunidad, se despidió del mensajero y de los hombres que lo acompañaban. Cerró la puerta tras de sí. Caminó hasta la sala y, en cuanto volvió a ver el piano, no pudo evitar romper en llanto. Se derrumbó sobre el piso y permaneció unos minutos así. No eran lágrimas de tristeza ni de felicidad; era más complicado que eso. Se limpió la cara con las manos y se levantó.

—Es estúpido llorar —se dijo a sí misma; se acercó al piano y dejó caer su peso sobre el pequeño banco de roble. Recogió su larga melena color castaño rojizo, despejándose la cara. Contempló el piano por unos minutos antes de si quiera palparlo. Entonces recordó la última vez que había tenido el enorme placer de estar frente a una audiencia, tocando aquella melodía preciosa y llena de nostalgia que compuso durante su estancia en Francia, cuando Byron aún la amaba. Cerró los ojos, respiró hondo y se olvidó de todo por unos minutos, concentrándose en el único placer que la hacía sentir viva, que le recordaba el amor y la felicidad pura. Aquella felicidad que sólo podía sentir cuando tocaba para ella misma, expresándose ante el resto del mundo. Aquella intensa pasión hacia la música que le recordaba lo mejor de ella misma. Lo mejor de su triste y solitaria vida.



Tú

Abraham Miguel

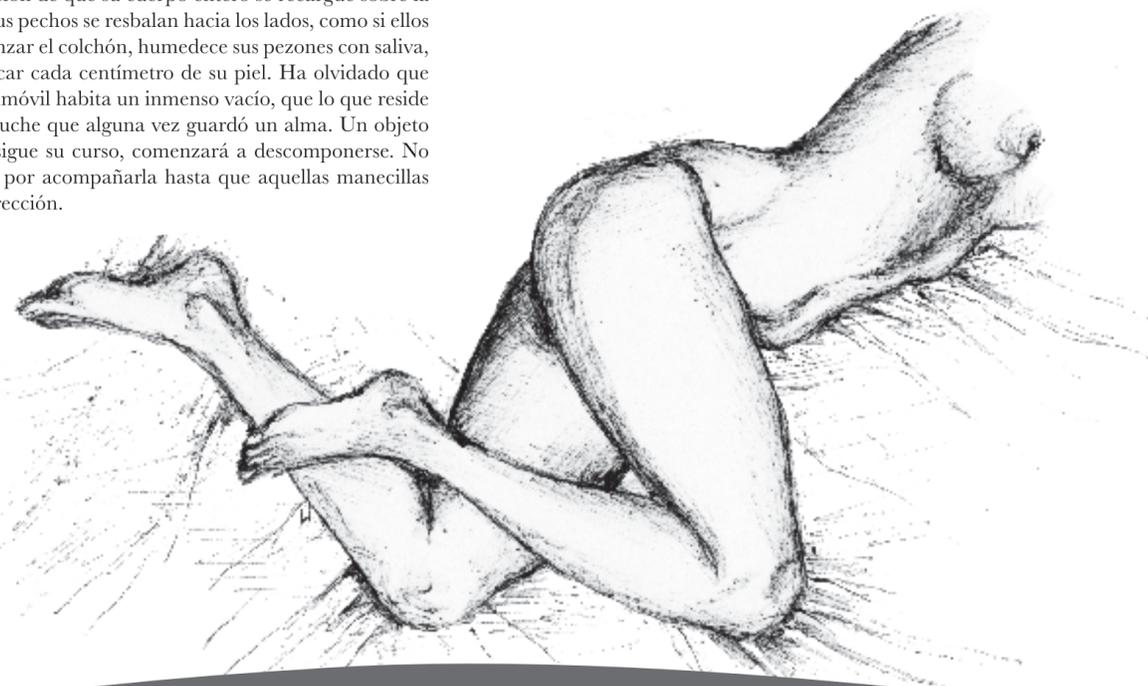
La forma en que la barba enmarca tu cara. Lo grueso de tus labios. La hora del saludo. Tu sonrisa de bienvenida. Los dedos de tus manos. Cómo se meten entre los míos, los aprietan y se hacen tuyos. El aroma que despiden tu cuello. Las palabras duras que pronuncias cuando te veo. El tono dulce que utilizas en mi oído. Tu mirada de niño que aparenta ser de hombre. Que no quieras que vea dentro de ti. Tu ropa en el suelo. El descaro con el que entras en mi cuerpo. Tu respiración agitada en mi nuca. Tu voz perdida en mis espacios. El sudor de tu cadera junto al sudor de mi espalda. Mis piernas entre las tuyas. Tú entre las mías. El ardiente dolor. La saliva que escurre por tus labios. El desgarrar que provocas en mí. Rendirme en tu pecho. Las pequeñas preguntas. El cansancio de los dos. Dormir contigo. Imaginar que me amas. Imaginar que te amo. Tu abrazo en la madrugada. El silencio que se crea en tu cama. La luz que cae sobre ella en la mañana. Que me hagas olvidar. Que me hagas creer. Cómo abres los ojos. Cómo hablas. Tus pasos. El calor que se desliza entre las sábanas. Desear tu boca. Siempre tu boca. Esperar por ti. Ser tuyo otra vez. Que me dejes ir. Besarte. Tu frialdad. Tu indiferencia. Que te vayas y no mires atrás. Pensar que lloras. Pensar en qué sueñas. Que me uses. Que mientas. Que me prometas nada. El misterio de tus horas. Nuestras soledades. El frío de la tarde. Despedirme de ti esperando volver.

El estuche

Amaya Giner

La idea de pararse de la cama le aterrera. Al observar el reloj, el sonido de las manecillas, que ahora le parece estridente, le revela que los minutos se alejan. Él sabe lo que eso significa, pero no pretende despegar su cuerpo del de ella. Desea, profundamente, quedarse a su lado todo el día, para siempre. Con los labios, recorre toda su espalda, dejando, a su vez, tenues huellas de saliva que en breve desaparecen, como los minutos, ansiosas por abandonar la habitación. Con el dedo índice acaricia una línea imaginaria que recorre desde el hoyuelo de la nuca hasta su coxis expuesto. Ambos cuerpos enredados invaden una habitación en donde existe una sola presencia.

El tiempo sigue su curso; el cuerpo se enfría al igual que la culpabilidad de quien lo mira. Cambia de lugar frente a ella, su mejilla se hunde sobre la almohada que hiede a saliva mientras él intenta besar los labios que apenas la tocan. Los dedos que antes parecían tan frágiles, ahora son sinónimo de solidez. Su miembro comienza a endurecerse. Excitado, la empuja con la intención de que su cuerpo entero se recargue sobre la cama, se sube en ella, sus pechos se resbalan hacia los lados, como si ellos también quisieran alcanzar el colchón, humedece sus pezones con saliva, la abraza y procura tocar cada centímetro de su piel. Ha olvidado que dentro de ese cuerpo inmóvil habita un inmenso vacío, que lo que reside a su lado es sólo un estuche que alguna vez guardó un alma. Un objeto que, mientras el reloj sigue su curso, comenzará a descomponerse. No importa. Él ha optado por acompañarla hasta que aquellas manecillas decidan cambiar de dirección.



Retrato de ella

Juan Antonio Rosado

Engendrada a imagen y semejanza de un árbol, con múltiples ramas donde se bifurcan y trifurcan calles y callejones, subidas y bajadas vertiginosas; donde los caminos de carne se ocultan sin permitir que nadie ni siquiera sospeche que todos conducen al mismo punto, Ella —¿quién diablos será?— persiste en su afán por asimilarse a los caprichos de la sorpresa. La olorosa parroquia interior es mimesis del tono envolvente de su voz. Y basta recorrer con la mirada las muchas vías que intentan —sin lograrlo jamás— camuflar los rostros ambiguos de ángeles y cerdos sobre el altar para percatarse de la ubicuidad barroca de esta ciudad minera. Mientras tanto, desde el fondo contempla los montes que la circundan, y pareciera subyugar senderos para tornarlos en histriones retorcidos que ejecutan piruetas y malabares bajo las faldas de mil pliegues.

A sus pies, el hormigueo de artesanos que doman la plata, comerciantes que la venden y turistas que la compran, se desparrama en laberíntico desorden.

Alemania y el Romanticismo

Luis Alberto Gómez Mata

A finales del siglo XVIII, debido a la aversión al progreso y al rechazo de las ideas ilustradas, era común formar grupos de estudio en los que se debatían nuevas propuestas. Dentro de Alemania surgió el *Sturm und Drang* (1767-1785), que buscaba reconectarse con el mundo de las ilusiones y la fantasía. *Sturm und Drang* se traduce al español como “tormenta y pasión”; estaba formado por prerrománticos que oponían el instinto y el sentimiento al racionalismo francés. Los fundadores y principales representantes del grupo de estudio fueron Johann Georg Hamman y su amigo Johann Gottfried. *Sturm und Drang* se expandió alrededor de Europa y tuvo repercusiones en arte y literatura, además fue semilla para el movimiento del Romanticismo. Desde el nombre ya se nos anuncia un sentimiento exaltado y de emociones llevadas al límite.

En su obra *Salones y otros escritos sobre arte*, el poeta Charles Baudelaire afirma lo siguiente: “El Romanticismo no está precisamente en la elección de los temas ni en la verdad exacta, sino en la manera de sentir”, y es que tendemos a asociar el movimiento romántico con el amor, pero es importante saber que va más allá. Es un rechazo a la etapa previa de la Ilustración, deja de lado la frialdad de lo exacto y el sentimiento humano

ocupa un lugar protagónico. De manera general podemos decir que los románticos no dan paso al mundo de las reglas, las leyes y la razón, sino que buscan la originalidad. La verdad se convierte en un elemento subjetivo, el individuo es una fuente de verdad y elementos como la imaginación, la intuición, el inconsciente y los sueños se vuelven lo más importante.

El Romanticismo alemán fue muy fuerte por la influencia del *Sturm und Drang*. Se manifestó en diferentes ámbitos y contextos, como la literatura, la música y las artes visuales. Dentro de las últimas, nos encontramos con obras que muestran la gran sensibilidad y la exaltación de sentimientos típicas del movimiento. Existen ejemplos de importantes artistas como Carl Spitzweg, Georg Friedrich Kersting, Otto Runge, Gustav Carus y Goethe-Tischbein, pero imposible no dar mención especial a Caspar David Friedrich, quien con su obra *El caminante sobre el mar de nubes* nos deja claro lo que es un hombre romántico: un individuo con nuevas preocupaciones consecuencia del rechazo del momento que vive; experimenta una búsqueda profunda del interior, contagia tintes de nostalgia, añoranza y melancolía, pero sobre todo, un hombre completamente convencido de que sentir es lo más importante.



*En homenaje a la mirada de Caspar David Frederich, le dedicamos nuestra portada y la ilustración de esta página.

Cuentos de lo grotesco y lo arabesco

“El cuervo”
Los tres mosqueteros

Jane Eyre
Cumbres Borrascosas

Moby Dick
Sonetos a la portuguesa

Walden
Un invierno en Mallorca

“Canto a mí mismo”

Don Juan Tenorio

La letra escarlata

Los elixires del diablo

Manfredo
Don Juan

Frankenstein

Ivanhoe
Odas

Hiperión

Prometeo liberado

Rojo y Negro*

Cromwell

El último mohicano

Onegin

El doncel de Don Enrique doliente

Nuestra señora de París

El estudiante de Salamanca